

Mar de voces

Pablo Andrés Escapa

Los inagotables apuntes de Vladimir Sogornov están llenos de asombros que aún parecen mayores por el hecho de ser desconocidos. Es como si el lector que, silencioso, repara en ellos bajo la incalculable cúpula de la biblioteca de Kiev, participase de un secreto, o de una ensoñación en la que prosperan las fantasías orientales y un cierto fatalismo, acaso inspirado en su propia vida de soldado. Sogornov murió peleando en Mongolia y su última anotación parece un sueño. La noche previa a su caída contemplaba el fondo de una escudilla, llena de vodka. De pronto el líquido se estremece bajo una lluvia de flores blancas. La visión termina con el sosiego recuperado del licor en el que naufragan los pétalos para dejar sitio a las cúpulas doradas del palacio del Gran Khan, coronadas por banderas cuya enseña es la flor nevada del cerezo. Sogornov entiende que el imperio del bárbaro airea su luto por la próxima pérdida de un enemigo digno de su grandeza.

Las últimas líneas del guerrero no son el traslado de una alucinación producida por el vodka, sino la constancia de un hábito biográfico más decisivo que el alcohol en el alumbramiento de imágenes meritorias: la costumbre de Asia, que es geografía de mil presagios si se anima del rigor que los griegos usaron para glosar la vida de los mortales. Sogornov extendió incluso este acuerdo a las criaturas de linaje imaginario. Y lo hizo en apuntes notables de fatalidad y filigrana oriental: «la vida de una familia entera de gigantes puede estar contenida en dos abejas», anota. Luego, probablemente influido por la lectura de las Folk Tales of Bengal del reverendo Lal Behary Day (cuya edición londinense de 1833 no ha sido superada por la recién nacida en Nueva Delhi), prosigue refiriendo la ruina de los gigantes mediante la imposición de una princesa que durante un baño en las aguas del Ganges descubre un fulgor extraño en las profundidades: dos abejas que reposan sobre un pilar de cristal. La joven se sumerge y regresa a la superficie con las abejas en un puño. Abre la mano y estas vuelan en busca de la última luz del día al tiempo que los gigantes perecen inadvertidos en diversas grutas del mundo.

Nada sabemos del aspecto de este hombre, que fue duelista afortunado al menos en cinco ocasiones conocidas, hábil con el lazo de sujetar caballos y lector de Homero. Se le atribuyen, además de ofensas al honor de esforzados maridos muertos por recuperarlo, una animosa arenga a las tropas del zar ante las puertas de la ciudad prohibida de Mihrgala, célebre por la voz heridora de sus doncellas. Ese día, Sogornov hizo cabalgar a sus hombres a la manera cauta con que avanzó Ulises por el ponto, sujeto al palo mayor de su nave, con cera sellando los oídos. Pero la virtud del testimonio que dejó escrito sobre la conquista no es la apropiada reiteración de un ardid clásico, sino el epigrama con que cerró el episodio, que acaso fue una ocurrencia primera que le llevó a inventar el asedio de la ciudad. «Cabalgamos, sí, padeciendo el silencio de las doncellas de Mihrgala. Y así, nos persigue cada noche el recuerdo de sus labios mudos, más terribles que el canto».

Las citas expuestas no tienen más objeto que advertir al lector de Avisos de las inclinaciones estéticas de Sogornov, tal vez instarle a que emprenda una lectura,

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 39 (octubre-diciembre, 2004)

diríamos poco fiada de las apariencias más inmediatas de la letra. Pero antes de que los ojos invadan un fragmento de su secreta prosa, quiero añadir una victoria bien visible de su biografía. Vladimir Sogornov introdujo con éxito el delicadísimo cultivo del árbol de China en un huerto de la hacienda familiar, en la vecindad de Chelyabinsk. Aún hoy puede disfrutarse de la luz amarilla que tiembla bajo sus hojas, una vez superadas las incomodidades del viaje hasta aquella latitud. A la sombra musical de esa plantación, donde periódicamente hallaban reparo los pasos cansados del soldado de fortuna, fueron escritos muchos de sus admirables apuntes. Entre ellos, el que ahora traemos a las páginas de Avisos, con la esperanza de que algún lector se sienta tentado, si no a estrechar lazos con la obra oculta de Sogornov, al menos a peregrinar hasta su huerto.

[...] Y así, tan altos sobre el mundo, nos alcanzó la luna de los potros, la última del año. El paso de la Sierva Blanca, que es uno de los nombres que en estas soledades designan la desgracia, quedó, por fin, detrás pero aún el descenso es penoso, entorpecido por el agotamiento y la nieve. Y atrás quedaron también las esperanzas de riqueza, el brillo soñado de los tesoros que presumen los libros escritos para dar noticia venturosa del sol naciente. Porque bien hemos probado que los palacios de seda son invisibles y que de la tierra no manan ríos de miel. La tierra se abrió solo para recibir a nuestros muertos, en número que dobla la decena. En esta soledad de altísimas paredes, de ominosas agujas afiladas, formamos una precaria hilera en busca de la nave salvadora. La mujer gime a mis espaldas y unos pasos por delante, al frente de la fila y empuñando una antorcha, el timonel habla locuras dictadas por la fiebre y grita el nombre del barco, como si aquellas voces pudieran atraernos el mar a nuestros pies. Las montañas de Dzungharyan son tierra de demonios que las noches heladas de diciembre susurran halagos invencibles. Se sabe de caminantes seducidos por su rumor que acaban precipitándose por un abismo. Al parecer se despeñan felices. Otros, más prudentes, recurren a una campana de oro que no dejan de tañer mientras caminan para imponerse a los fatales coloquios que asedian el desfiladero. Pero nosotros regresamos pobres de instrumentos que nos salven.

El timonel es un siciliano piadoso que jura por los evangelios. A veces se vuelve para ver si lo seguimos. Y en medio de sus letanías aplacadoras mira a la mujer, aún conmovido por su belleza de icono, por su rostro de madona como la Madona de los Peces que a él le hace humillarse en una iglesia de Palermo para dar gracias por las redes llenas. Ella no entiende nuestra lengua y nosotros ignoramos la suya. El silencio nos hermana bajo un cielo de nieblas. Pero en medio de los gestos amigos es fácil descubrir su desamparo, la grave curva de su vientre que la hace pisar con la fragilidad de un pájaro temeroso de vencerse hasta yacer inútil o vulnerable sobre la tierra nevada. En los últimos días la mujer solo mira el suelo. Casi ha olvidado la costumbre de volver la cabeza. Pero aún la inquietan las noches con su provisión de rumores que parecen una jauría de dientes ávidos; y de alas, angustiosas como pasos de un rey mongol bajo la lona.

Agotadoras, en la más odiosa intemperie, se suceden las jornadas. Y apenas logramos dormir, porque no queremos detenernos, tanta es la urgencia por descansar al fin en los paisajes familiares. Un viento húmedo viene a retenernos, apenas abandonado un bosquecillo de cedros. La brisa se afina entre las agujas y hace añorar la música envolvente de árboles más cálidos. Y desear su sombra sonora junto al pozo, olvidada

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 39 (octubre-diciembre, 2004)

ya esta travesía. El siciliano cesa en sus voces y aspira como si quisiera agotar la noche en una bocanada. Tiene el gesto iluminado y el brazo tendido al frente cuando grita con lágrimas: «¡el mar, el mar!».

El mar regresa multiplicado entre las rocas mientras el timonel echa a correr ladera abajo. Hasta que su antorcha no es más que un ojo desbocado en medio de la noche, la minúscula luz que guía nuestra fe de hallar un barco oculto entre los abetos de Naarzali, cuyos troncos parecen una ordenada selva de mástiles sobre el acantilado. Una selva propicia para distraer de las insidias una nave abandonada. Y en pos de aquel albergue marinero que las voces del siciliano proclaman, damos nuevos pasos y nos llena el rostro otra marea nocturna, como un abrazo de rebaños recogidos que se anuncian en un ladrido distante, o en una tibieza nueva del aire.

Perros cabizbajos llegan a lamer nuestras pisadas, que son ya de musgo blando. La sombra del timonel se pierde ahora con su antorcha por un fuego mayor que alumbra idas y venidas de pastores. Nos hace señas para que lo sigamos a compartir este feliz ardor que nos manda el cielo. Todo es silencio y manos que ofrecen de comer en aquella luz. A veces un aullido lejano sobresalta la concordia de los alimentos; otras es el relincho de una yegua el que lleva las miradas y hace brotar alguna palabra autoritaria camino de la noche. La mujer no alza los ojos pero en su regazo aparece un cuenco de leche que humea al tiempo que una voz dulce invita a probar: yaha-ni, yaha-ni. Es una mujer quien ofrece, una mujer que acaricia aquel vientre tan vestido de lanas insondables antes de levantarse para desaparecer en la oscuridad. El timonel mira beber a la cautiva, a la mujer que a cambio de unas cuentas de cristal hemos salvado de morir sometida a los kirghises, cuyo dios es el viento que habla maravillas en el filo de la espada. El mismo acero que no ahorró la sangre de nuestros hombres, tan caprichosa es la vida en aquellas habitaciones del viento. Y en el desconcierto de pastores mudos, libera él su llanto. Allí se mezclan los bocados de hambre antigua y el nombre triste del hijo enterrado en la llanura. Y se piden milagros que lo traigan de regreso a nuestra nave ya vecina, milagros de vientos favorables que nos lleven a una salvación de rostros conocidos.

Crepitan las llamas con nuevos troncos arrojados y el aire se ilumina un instante y se satura de chispazos. La leña ardiente estalla como la madera de cubierta que se pisa con júbilo, tras meses de abandono. Y parece que templó el sol los ánimos y que silban los cabos a bordo ya de nuestro barco, prontos a sentir el mar amigo bajo los pies. Aún alcanzamos a ver el humo de los pastores, más alto que los árboles a medida que se gana el horizonte. Al cabo de tratar con el timón, oculto entre los abetos del invierno, las manos huelen a resina. Peces voladores, que son signo de copiosa ventura, vienen a secundar nuestro avance. Y navegamos con buen viento hasta la nueva noche, la primera sobre el mar vicioso de estrellas después de tantas jornadas de tierra miserable.

En aquella seguridad, el timonel se siente elegido para maldecir sobre las aguas, para exponer el cansancio de los viajes y la fatiga inútil. Porque todo está escrito, como la línea aciaga que reunió el nombre de su hijo y la espada sangrienta del tártaro. Y su murmullo va llenando el mundo y asentándose bajo las estrellas hasta incendiar con su fervor la mesana de la nave, que de pronto se ilumina como un fuego de san Telmo. El siciliano se exalta bajo el artificio y pregunta qué día, qué noche es la que nos lleva. Y luego grita que quién es la mujer que hemos rescatado por redimirnos de tantas pérdidas

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 39 (octubre-diciembre, 2004)

valiosas. Y baja la voz para enunciar, como en una letanía honrosa que reciben las olas, las virtudes de los muertos que descansan a merced del viento de los tártaros.

Del interior del barco llega el dolor de la mujer. Bajo las pavesas que derrama el mástil, el timonel quiere prosperar en el milagro apenas intuido y arropar aquel esfuerzo que es en beneficio del mundo. Y corre a llevar amparo aunque sea en lengua extraña. Pero el pudor lo detiene en la escalera que desciende hacia lo oscuro. Y desde allí, paciente del misterio, el timonel se sabe ya habitado por el lenguaje de los ángeles, y recita en voz alta para que la mujer oiga desde la penumbra: «no temas, que vengo a anunciarte una gran alegría; y lo será para todas las criaturas». El vientre del barco parece replegarse ante las palabras. Es entonces cuando cruje la madera y se ensancha el aire para enviar el llanto puro de un niño.

El timonel agacha la cabeza y se sienta en la escalera, gimiendo de beatitud y de tristeza. Las palabras caen de su boca como lágrimas devotas del recuerdo: *Gesú, Gesú bambino, figlio meo*. Y el milagro sigue ardiendo en la noche para responder al que invoca: «Padre, padre, vaya abajo a dormir, que yo gobierno». El siciliano se tambalea un instante, recuperando la postura erguida. Una sirena dulce le invade los oídos y no sabe si es la voz de un demonio de la montaña, que lo reclama. Repasa los labios con la lengua y, ebrio de sal, mira alrededor. En la distancia distingue los fanales amarillos de los otros barcos, como una procesión de luces sobre el mar pródigo de Lípari. Voces vecinas le invitan a acercarse para compartir los tesoros del mar, que esta noche son copiosos. Y reconoce a Giuseppe, de la casa del faro, y a Tonino con su ojo de cristal, y a Simone, hijo de Pasquale, que lo saludan agitando mucho los brazos. El timonel quiere correr sobre las aguas a abrazarlos pero puede más el cansancio. Entonces vuelve a oír al hijo, y lo ve tan mozo, tan seguro en su discurso frente al timón: «Descanse, padre».

Antes de girarse para buscar la entraña del barco, el hombre mira al palo mayor, que ahora le parece una aguja de roca, un reguero de luz que asciende en el incendio blanco de la nieve cuando se levanta la antorcha para alumbrarlo. Y le da una palmada muy lenta sobre el hombro a su hijo, que atiende al rumbo. Luego camina hasta precipitarse en un abismo donde lo reciben redes bendecidas por la Madona, redes llenas de peces que regresan con júbilo a casa la noche sagrada que nació el Salvador.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, IX, 39 (octubre-diciembre, 2004)